

La transición política en Cuba

Jorge I. Domínguez

LENTA Y SIGILOSAMENTE, YA COMENZÓ UNA TRANSICIÓN POLÍTICA en Cuba¹. Es una transición sorprendente, en parte, porque pocos creen en ella y muchos niegan su existencia. Es un proceso dilatado y frustrante. Para quienes desean una democratización del sistema político cubano, es un proceso político todavía insuficiente, y lejos, muy lejos de lograr un cambio efectivo y palpable en la vida política en Cuba.

Observemos, primero, los intentos de negar que ya ocurre una transición política. Para quienes gobiernan el país, es preciso insistir en la continuidad del proyecto revolucionario y socialista; no hay transición política, sino meros ajustes económicos. La legitimidad del ejercicio del poder requiere insistir en sus raíces “revolucionarias”. Y la prudencia táctica requiere retener la impresión de una unidad monolítica en la cúpula del poder: no quieren los reformistas que los antirreformistas supongan que los primeros desean cambiar algo más allá de los detalles económicos necesarios para rescatar la economía de la hecatombe en que quedó sumida durante el primer lustro de esta década.

Algo similar ocurre en Miami. Para quienes se dedican profesionalmente a hacer en Estados Unidos política de oposición al gobierno de Cuba, es preciso insistir también que en Cuba no hay cambios políticos; si los hubiere, podría esperarse una modificación de la política de Estados Unidos hacia Cuba. El poder político de este exilio de matiz derechista se defiende y amplía mejor si se retiene una imagen inmutable (aunque ya falsa) del sistema político cubano.

¹ Este texto se basa en mi exposición durante un Curso de Verano de la Universidad Complutense en “El Escorial”, en agosto de 1995. Ese mismo mes expuse ideas similares en un Seminario en la Universidad de Trabajadores de América Latina, Caracas, Venezuela, bajo los auspicios de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores, la Solidaridad de Trabajadores de Cuba, y el Instituto de Estudios Cubanos, quienes han publicado un texto que recoge algunos de estos puntos de vista.

Pero, así como la tierra ciertamente gira sobre sí misma, podemos reafirmar en este novedoso contexto la frase de Galileo, aplicándola al sistema político cubano contemporáneo: “E pur, si muove.”

LA EROSIÓN DEL PODER DEL ESTADO

El Estado cubano a partir del comienzo de los 90 ha comenzado a perder el control que logró tener sobre la vida nacional y la vida de todos y cada uno de los cubanos. Esa pérdida de control es particularmente evidente en el terreno económico. Pierde el Estado el control sobre la economía cuando surge el mercado ilegal. Lo pierde también por los espacios que viene abriendo la economía legal aunque no oficial con rasgos de economía mercado (llamarle sencillamente una economía de mercado sería una exageración). Gracias sobre todo al mercado ilegal, Cuba una vez más descubre el capitalismo. Es, sin embargo, un redescubrimiento de un capitalismo sin normas, sin reglas, precisamente porque es ilegal. Además, en este capitalismo ilegal en muchos casos no se cumplen ni siquiera las normas propias del mercado, como los contratos o las obligaciones comerciales. Este tipo de mercado parte de la violación de la ley.

Ninguna economía puede funcionar sin normas. Ninguna economía de mercado funciona sin reglas. Ninguna sociedad puede subsistir si no se acata la ley. Ningún país puede prosperar si la supervivencia del ciudadano requiere la violación sistemática de las leyes establecidas. Esta pauta de comportamiento representa un reto para la Cuba del presente y del futuro, independientemente del nombre de su presidente o del tipo del régimen político prevaeciente. Ese desacato generalizado frente a la ley es un costo que ya aflige al país y amenaza a su futuro.

Este ha sido un cambio político dramático, no meramente un cambio económico. Un Estado que pierde el control que tenía, un Estado que pierde el control que todavía desea tener, ya ha sufrido un cambio político importante. Una ciudadanía que socava la ley en su rutina cotidiana, debilitando la organización formal de la sociedad y de la economía, manifiesta una conducta subversiva. Este extraordinario cambio abre grandes espacios para una mayor transformación de la vida política –para bien o para mal. Por primera vez en muchos años se puede hacer política en Cuba cuando el Estado comienza a carecer de los poderosos tentáculos que fueron sus instrumentos de poder.

Frente a ese Estado que comienza a perder el control resurge una sociedad civil, basada notablemente en las actividades religiosas. Es impresionante es el resurgimiento de los cultos afrocubanos, expresión religiosa genuinamente propia de la nación cubana. Resurge también la asistencia a misa y la práctica sacramental en la Iglesia Católica en Cuba, señalando un nuevo “milagro” colectivo. Aparecen nuevas y vibrantes sectas evangélicas, desarrollando una labor religiosa y social ya muy común en otros países latinoamericanos.

Este Estado también comienza a perder su omnipotencia sobre la vida intelectual, retrocediendo en su control sobre la expresión de ideas tanto en las universidades como en centros de investigación y aún en el seno del partido comunista. Autoriza el semi-exilio, principalmente en México pero también en otros

países, de miles de escritores y artistas que no rompen formalmente con el gobierno de Cuba pero ya residen en el país sólo durante sus vacaciones familiares.

EL NUEVO ESPACIO POLÍTICO

“Fidel Castro nunca...” Frases que comienzan así han sido parte del discurso y del análisis político sobre Cuba durante muchos años. “Fidel Castro nunca permitirá la inversión extranjera en Cuba”. “Fidel Castro nunca permitirá el retorno del turismo”. “Fidel Castro nunca permitirá que se fortalezca la Iglesia Católica en Cuba”. “Fidel Castro nunca permitirá el trabajo por cuenta propia”. Frases parecidas pululan en cualquier discusión sobre Cuba entre los 60 y los 80.

En los 90 Fidel Castro ha venido autorizando medidas que detesta, no porque haya tenido una conversión religiosa, no porque haya cambiado de criterios ideológicos, sino porque es incapaz de gobernar a su gusto. Es éste un cambio político extraordinario. Por un tercio de siglo, Fidel Castro logró gobernar a su gusto. Y es notable que quienes ejecutaron por muchos años las medidas de ese gobernante plenipotenciario hoy ejecutan las políticas opuestas, políticas adoptadas en los 90 contra las cuales estas mismas personas lucharon a fines de los 50 o comienzos de los 60. Este cambio es costoso psicológica y políticamente.

El estilo de hacer reformas por goteras, o reformas a regañadientes, pero reformas que no queda otro remedio que ir haciendo, genera ciertas expectativas en la población: ocurrirán otros cambios en el futuro. Ese mismo gobierno que adopta una medida que considera indeseable puede, por supuesto, retroceder y modificar esa misma medida. Puede, sin embargo, verse obligado a adoptar reformas aún más radicales por la presión de la crisis. Por tanto, este estilo de adoptar reformas promueve también la violación de la ley porque anticipa que lo que hoy se prohíbe mañana se permitirá.

Este estilo de hacer reformas también profundiza la convicción que el gobierno es mentiroso ya que ni siquiera en el momento cuando se autoriza un cambio creen en él quienes lo promulgan y defienden. Hoy se autorizan los paladares; mañana se prohíben los paladares; pasado mañana se vuelven a autorizar los paladares. Este estilo de hacer reformas a regañadientes, de modificar y de cambiar lo que se había dicho que nunca se haría, es inherentemente subversivo. Contribuye también a que el ciudadano viole las normas, y a que el gobierno pierda credibilidad.

POLÍTICA Y ECONOMÍA

Las exigencias económicas del Estado lo han llevado a auspiciar una subasta nacional que probablemente se acelerará durante los próximos años mediante la inversión extranjera y la privatización parcial de algunas empresas del Estado. Estas medidas legitiman la lenta pero segura destrucción del socialismo burocrático que controla la economía, así como también las futuras políticas aún más activas para promover la inversión extranjera.

Hay una desnacionalización paulatina de la economía mediante la acción del mismo gobierno que en un momento justificó su legitimidad revolucionaria gracias a la nacionalización. Este gobierno socava poco a poco las bases políticas y populares sobre las cuales construyó el socialismo en Cuba. Las consecuencias

de la subasta nacional, por tanto, no son meramente económicas, sino que contribuyen a debilitar la legitimidad del gobierno que deja de ser socialista.

Este gobierno, además, va creando poco a poco las bases para una nueva oposición nacionalista en el futuro en contra de la expansión y profundización de este proceso de desnacionalización. Ese nacionalismo, por supuesto, podrá servirle de base a un futuro partido comunista de Cuba frente a un nuevo gobierno de Cuba quizás influido por el Miami cubano, y ese nacionalismo podrá permitirle a ese futuro partido comunista que gane elecciones como viejos partidos comunistas y ex-comunistas lo han logrado en Hungría, Polonia, y Lituania. No deberá sorprendernos si algunos de los que hoy promueven la subasta nacional encabezan la futura oposición a políticas similares, si otros partidos y líderes llegan a gobernar al país.

Las reformas económicas van más allá de la transferencia parcial o plena de la propiedad. También afectan el comportamiento empresarial y gubernamental. Los nuevos empresarios comienzan a incidir sobre la política nacional. Como ocurre en todo país que se aproxime a una economía de mercado, los empresarios buscan y exigen garantías para sus derechos de propiedad. Abogan por la modificación de la Constitución para incluir garantías formales, y lo logran parcialmente en la reforma constitucional de 1992. Abogan por la modificación de la vetusta ley de inversiones extranjeras. Después de múltiples versiones que indican claramente la existencia de un álgido y profundo debate político dentro del gobierno y del partido comunista, la Asamblea Nacional aprueba en 1995 una nueva ley más favorable para el inversionista extranjero.

Si bien este proceso político es ya notable, no es menos importante el diseño trazado para promover y controlar la inversión extranjera. El gobierno de Cuba hoy redescubre y construye lo que fue hasta hace poco el típico Estado latinoamericano: el Estado que intenta controlar al máximo esa economía con rasgos de economía de mercado.

Consideremos un ejemplo de reforma económica. El gobierno podría indicar que, a partir de hoy, se permite todo tipo de trabajo por cuenta propia con muy pocas excepciones. Así no ha procedido el gobierno cubano. Al contrario, insiste en identificar por su nombre cuáles son las actividades de trabajo por cuenta propia que pueden existir. Todo sigue prohibido, excepto lo explícitamente autorizado. De tal forma, se reduce el impacto de la liberalización económica mientras que el gobierno intenta retener el mayor control posible sobre la actividad económica.

El mismo estilo político marca la apertura a la inversión extranjera. El gobierno tiene una concepción monopólica de la empresa en cada sector de la economía. Sólo autoriza la inversión de empresas específicas, identificadas por su nombre, en subsectores económicos también específicos, bajo términos que negocia caso por caso. No se trata de una apertura económica generalizada, sino más bien de una politización por concesiones de segmentos de la economía nacional.

Este tipo de cambio político-económico implica que cualquier Cuba del futuro tendrá que prescindir de este tránsito. Si bien este capitalismo politizado y monopólico no es tan arbitrario, represivo, e ineficaz como el socialismo burocrático al que reemplaza en Cuba, sí es ineficiente. A lo sumo es un costoso paso intermedio.

Esta experiencia sugiere la hipótesis de que Cuba hoy es víctima de una interpretación marxista vulgar sobre el capitalismo. Ese marxismo vulgar enseña que el capitalismo es salvaje, lo que explica el mercado ilegal; cualquier cosa puede pasar ya que el capitalismo no es más que el asalto de los pocos contra los muchos. El marxismo vulgar también enseña que el capitalismo es monopólico; los grandes pulpos controlan la economía, lo que explica la política oficial con relación a las concesiones específicas a empresas extranjeras.

A diferencia de este marxismo vulgar, la Cuba del futuro –cualquiera que sea su gobierno y sus gobernantes– requiere construir una economía de mercado bajo reglas normales, y debe promover una plena economía de mercado sin los vicios y las taras que el gobierno cubano aprende de lo peor de la experiencia económica latinoamericana.

Esta economía política es por excelencia el caldo de cultivo de la corrupción. La corrupción no se inventó ayer en Cuba, ni resulta un legado específico del proceso político iniciado en 1959. Pero en los 90 se han dado en Cuba las tres condiciones clásicas para un auge de la corrupción en cualquier país: 1) una economía con rasgos de economía de mercado; 2) un Estado que insiste en intentar controlar en lo que fuere posible los detalles de la economía; y 3) la discrecionalidad en el ejercicio del poder y en la determinación de las políticas a desarrollar, de las medidas que se harán cumplir, y de las excepciones que se permitirán a cada persona y a cada empresa extranjera.

ALGUNOS OBSTÁCULOS A LA DEMOCRATIZACIÓN

No todo ha cambiado, por supuesto. La intención de retener el poder a toda costa sigue caracterizando a lo que en Cuba, con connotación autoritaria, se sigue llamando “la dirección nacional.” Y hoy, como en el pasado, a veces es necesario entenderse con el Diablo, si contribuye a retener el poder. Consideremos un ejemplo. En 1962, Fidel Castro demoró durante un mes, y puso en peligro la resolución de la crisis nuclear, por oponerse a la inspección norteamericana *in situ* del territorio cubano. En 1994 y 1995, el gobierno de Cuba pactó con el gobierno de Estados Unidos ante a la crisis migratoria, comprometiéndose Cuba a aceptar la inspección norteamericana en territorio cubano para constatar que aquellos balseiros devueltos a Cuba por Estados Unidos no sufrirían violaciones de sus derechos humanos. La dirección nacional paga este “costo” porque así logra “normalizar” un aspecto importante de la relación con Estados Unidos, y reducir la presión de su gobierno sobre el de Cuba.

Muchas de las formas de retener el poder tampoco han cambiado. La ley electoral de 1992 codifica los intentos de impedir que las elecciones sirvan eficazmente para permitir y promover la expresión democrática y representativa de los deseos de la ciudadanía. Cuba conserva un partido único y, en las elecciones nacionales de 1993, el gobierno insistió en que el número de candidatos para la Asamblea Nacional sería idéntico al número de escaños parlamentarios. La censura oficial, a través de mecanismos formales y especialmente informales, continúa impidiendo la libre y plena difusión de la información.

La discrecionalidad y arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado no se

limitan a los temas económicos. Las leyes autorizan al ejecutivo a hacer y deshacer con pocas limitaciones. Y el Código Penal compite en la Olimpiadas represivas por su severidad.

Aun en estos casos, sin embargo, se observan cambios, aunque sean modestos. En comparación con los procesos electorales de los 70 y 80, por ejemplo, el número de abstenciones ha aumentado sensiblemente en las elecciones celebradas en los 1990. Y, a pesar de los intentos represivos, los abrumadores detalles de supervivencia cotidiana afligen también a los agentes de Seguridad del Estado. Frente a las violaciones masivas de las leyes económicas, el Ministerio del Interior se repliega para concentrar sus esfuerzos sólo en las violaciones más flagrantes o en castigos ejemplares. El Leviatán criollo tiene los pies de barro.

LA PERSISTENTE FORTALEZA DEL RÉGIMEN POLÍTICO

A pesar de todo, sin embargo, el régimen político cubano retiene una gran fortaleza que le ha permitido lograr lo imposible más de una vez. Imposible pareció sobrevivir a la desaparición de la Unión Soviética y de sus subsidios económicos, políticos, y militares. Parece ser que Carlos Marx, escribiendo en el Museo Británico, realmente tenía a Cuba en mente.

La represión y la arbitrariedad explican en parte, por supuesto, la continuidad del sistema. Lo explica algo también la emigración masiva, que ha tenido como consecuencia (y, a veces, por intención oficial) la exportación de la oposición. Estos factores se conocen y se reconocen. Por tanto puede ser más útil recordar otros que son menos populares entre los enemigos del actual gobierno de Cuba.

En Cuba se desarrolló una genuina revolución social en 1959 y en los años posteriores. Como ocurre en toda revolución, este proceso desgarró la vida social, política, y económica de la nación. Para millones de cubanos que participaron en, y apoyaron, ese proceso, esa fue “nuestra revolución”.² No fue para ellos meramente un proyecto de Fidel, ni un proyecto comunista, ni un golpe de Estado. Fue realmente una epopeya nacional en la que muchos pensaron que habrían, por fin, tomado en sus manos, colectivamente, las riendas del futuro del país. Para muchas de estas personas, hoy por lo general mayores de cincuenta años, los errores cometidos en el transcurso de los años no son sencillamente de Fidel sino de todos. Compartieron los logros y los fracasos, los extremismos y las exaltaciones. Retienen una deuda moral con algo que fue la “revolución cubana.” Y retienen también una deuda moral con Fidel Castro.

Comparándole con la gran mayoría de los actuales jefes de Estado y de gobierno, Fidel Castro se parece a Blancanieves entre múltiples enanos. Fidel Castro ha sido el líder político de mayor peso en la historia de Cuba, y ha logrado formar, moldear, exaltar, dirigir, controlar, reprimir, motivar, y, sobre todo, gobernar a ese pueblo ya por un largo tiempo. Aún en el ocaso de su vida persiste como un factor clave en la continuidad del régimen político.

² En honor a la verdad, esta nunca fue mi posición.

También ha tenido importancia el prestigio individual de miembros del partido comunista, aun cuando el partido como institución parece carecer de respaldo o de respeto. El proceso de selección de miembros del partido comunista ha sido imperfecto, y a veces corrupto. Sin embargo, muchos de los miembros del partido a través de los años sí han cumplido los requisitos formales de membresía: buenos trabajadores, buenos vecinos, buenos padres de familia, buenos amigos. A pesar de las dudas que tengan, o de los deseos de profundos cambios que ellos mismos alberguen *in pectore*, su continuada afiliación al partido constituye un vínculo más entre la ciudadanía y el poder.

Cuba ha tenido un pueblo heroico. Su heroicidad se ha manifestado de diversas formas, una de ellas, por supuesto, en los campos de batalla en Angola y Etiopía. Es menester recordar que los miles de soldados que lucharon con eficacia y coraje en las sabanas de Angola y en las estepas de Etiopía no fueron búlgaros o polacos; fueron cubanos. Es preciso también recordar que, durante la Guerra Fría, la Unión Soviética, en última instancia, tuvo solamente un aliado confiable –Cuba.

Cuba fue el único país comunista capaz de enviar reiteradamente cientos de miles de soldados a través de un océano para defender propósitos cuya relación con la defensa de los intereses de la nación, y con la protección del territorio nacional, eran difíciles de justificar y aún más de explicar. En relación a su población, Cuba mantuvo en suelo africano una proporción superior a la de Estados Unidos en Vietnam en el año largo de su aporte militar a esa guerra (1968). Lo que Estados Unidos pudo sostener solamente durante un año, Cuba lo logró durante quince años. Las tropas cubanas en suelo africano lograron tres veces lo que los norteamericanos no pudieron hacer en Vietnam, y lo que los soviéticos no pudieron hacer en Afganistán. Los cubanos ganaron.

Este ha sido un pueblo heroico más allá de lo estrictamente militar. Ha sido heroico también en términos de su experiencia cotidiana como nación, de sus sacrificios y de sus luchas en el quehacer laboral, en el desarrollo diario de la vida en un contexto tan difícil particularmente durante los años 90. Y este pueblo derivó su heroicidad de su compromiso con “su” revolución.

La continuidad del sistema político cubano depende también de ciertos temores. Uno sigue siendo la hostil relación con Estados Unidos. Sin exagerar las consecuencias sobre Cuba de las políticas del gobierno norteamericano hacia el país, es cierto que la intención de esa política es que, por ejemplo, Cuba no pueda importar alimentos. Asimismo, cuando Estados Unidos invade Panamá en 1989 y Haití en 1994 por buenas (y malas) razones, no es imposible pensar en una acción similar en un futuro de Cuba. Se requiere mucha fe, más fe de la que se puede esperar en estos casos, para creer que todas las intenciones, medidas, comportamientos y consecuencias de la futura política norteamericana hacia Cuba serían benignas y beneficiosas. El temor a Estados Unidos todavía permite, por tanto, la movilización de muchos en torno a los símbolos patrios.

Otro temor se relaciona con Miami. Si Cuba se encuentra económicamente en sus rodillas, Miami se manifiesta triunfal, y a la espera de triunfos mayores. En un paso de magistral estupidez política si lo que se busca es facilitar un cambio profundo en Cuba, algunos dirigentes de la derecha política cubana en Miami

insistieron en promover y apoyar un proyecto de ley en el Congreso de Estados Unidos, bajo los auspicios del senador Jesse Helms y el representante Dan Burton, que resaltaba la importancia y valor supremo de las propiedades de ciudadanos cubanos confiscadas por el gobierno de Cuba después de 1959. Este proyecto de ley facilitó así que la “dirigencia nacional” en Cuba desarrollara el argumento de que Estados Unidos se refería a la democracia, pero realmente buscaba la defensa de los intereses de los antiguos propietarios; facilitó también que cubanos humildes temieran aún más que podrían sufrir del revanchismo miamense, o, por lo menos, sufrir el deshaucio si hubiera un cambio de régimen político. El post-socialismo podría ser aún peor, han pensado algunos, reflexionando sobre la experiencia de muchos en la ex-Unión Soviética, y alertados ante esa posibilidad por la ley Helms-Burton.

Por último, es útil recordar que el mismo mercado ilegal ha contribuido a resolver muchos de los problemas de supervivencia cotidiana. Alivia el peso de la crisis. Y, por tanto, el repliegue represivo sobre este mercado ilegal se debe entender, en parte, como un cálculo racional del gobierno. La ilegalidad “salva al socialismo”.

CONCLUSIÓN

La transición política ya comenzó, no como un deseo de Fidel Castro, no como la preferencia de quienes ejercen el poder en Cuba, sino como el resultado de un mundo que ya él y ellos no pueden controlar. No cambia, por supuesto, la intención de retener el poder a toda costa, lo que incluye la disposición de pactar con el diablo aunque se llame Bill Clinton. Persiste el intento de controlar los procesos electorales, de seguir censurando la información, de ejercer un poder arbitrario, recurriendo cuando lo estimen útil a la represión y a la prisión políticas. Y persisten también factores de apoyo y de temor al cambio que demoran y dilatan la transición política.

Esta transición política apunta hacia un nuevo amanecer. En marzo de 1994 visité La Habana brevemente. Caminando por La Habana vieja vi un letrero gigantesco que, en letras rojas de molde, decía: AMANECER DE VICTORIA. Intenté imaginarme a qué victoria de ese pueblo heroico se refería. Pudo referirse a muchas victorias de un pueblo que se sacrificó y luchó en muchos casos con éxito y honra. Ese letrero reflejaba el orgullo nacional en esas victorias, así como el orgullo individual de su anónimo redactor. Pero el letrero estaba inscrito en la única pared que quedaba en pie de un elegante edificio que se había derrumbado. En el medio de los escombros, un hombre comenzaba la reconstrucción.

Recordemos, pues, la tragedia de esa nación, la fe en ese futuro de posible reconstrucción, y la voluntad de muchos de intentar reconstruir un país con un futuro tan difícil y triste. La historia de ese futuro ya comenzó, y promete también otro nuevo amanecer de victoria.